PAUL MORAND

EL MUSEO DE MÉXICO

Traducción de HUGO PEDEMONTE

Publicado originalmente, como el de Bataille que recoge este número, en los Cahiers de la République des Lettres, des Sciences et des Arts, *el siguiente ensayo de Paul Morand (un escritor que venturosamente parece volver al gusto del público) está escrito desde una perspectiva muy distinta. Aun si no deja de mencionar "el placer y el espanto" que provoca en él la contemplación del arte precolombino, su admiración nace no del espanto sino del espectáculo de las formas, los colores, el "incendio geométrico" de las obras, a las que ve siempre en relación con las de otros tiempos y lugares. "En estos monumentos", dice Morand ante las pirámides del sol y de la luna, "nada separa a la plegaria del cielo".*

FUE EN EL British Museum donde descubrí, hacia 1908, el arte mexicano —el anterior a la conquista española. Esas máscaras de piedra dura con ojos de nácar, de obsidiana o de pirita amarilla, con mejillas decoradas por incrustaciones de turquesa, me atraían por su grandeza micénica y por la belleza, la preciosidad de las materias de que estaban hechas. Envidiaba a aquellos viajeros ingleses que habían tenido la suerte de descubrirlas y de adquirirlas hacia 1850. Me fascinaba, sobre todo, la famosa calavera del "British", de tamaño natural, tallada en un solo bloque de cristal de roca. (Tuve posteriormente la oportunidad de ver otras en París y en México, pero más pequeñas; aquélla era verdaderamente única; nunca dejo de hacerle una visita cuando paso por Londres.) En 1918, pude ampliar mis conocimientos del arte precortesiano en el museo arqueológico de Madrid. Mi visita a la sección americana del museo del Trocadero data, en cambio, de hace muy poco tiempo; la hice a mediodía, de modo que no vi ni jota. ¡Cuántas riquezas vislumbradas, sin embargo, en las colecciones mexicanas del duque de Loubat, del señor Lorillard, el señor Charny o el señor Genin! Cuando Francia vuelva a ser próspera, podrá contar sin duda con un magnífico museo de arte mexicano con la ayuda de eruditos como el señor Rivet y los miembros de la Société des Américanistes! Con excepción de nuestro manual de arqueología, que debemos a Beuchat (1912), casi toda la bibliografía sobre el tema es alemana: yo soñaba con ir a hacer excavaciones en Yucatán, con desenterrar ciudades desaparecidas, civilizaciones perdidas en plena jungla. Pero ¡ay!, mi breve estancia en México no me permitió darme ese gusto; me fue imposible viajar hasta el sur, algo que lamenté más profundamente todavía después de enterarme de que la existencia de todo aquello en que soñaba es un hecho. No se trata de un espejismo; esos templos escondidos, esas ciudades tan misteriosas como sus hermanas camboyanas hace cincuenta años, están allí; cada día se exploran nuevos sitios. Y todavía queda mucho por descubrir, pero hace falta tiempo y uno tiene sólo una vida, de la que además ha consumido ya buena parte...

El museo de México me pareció a la altura de mis expectativas. Basta y sobra para justificar el viaje. Atravieso, sin detenerme, sus notables secciones etnográfica, histórica, de arte decorativo y de estilo colonial, paso por la encantadora galería que alberga los retratos de los virreyes de la Nueva España (los primeros, del siglo XVI, cetrinos y flacos como todos los que conquistan; los últimos, gordos y color de rosa, como todos los que son expulsados), y llego a esa planta baja donde se exhiben los originales de los principales monumentos debidos al arte precortesiano. Antes de desembarcar en México, me había aprendido algunas fechas, pensando que las civilizaciones azteca, tolteca y maya no habían resultado más difíciles de situar en el tiempo que las dinastías egipcias; pero en México me enteré de las dudas que se tenían al respecto Si en lo que concierne al período cortesiano abundan los documentos y las traducciones, estudiar los períodos anteriores es hundirse en lo desconocido. Gracias a los calendarios y a los eclipses, que los aztecas sabían prever con una precisión inexplicable, todavía es posible ver claro hacia cierto punto; pero el dominio de la escritura — esos curiosos mensajes esculpidos o dibujados— sigue sumido en la noche absoluta. La piedra de Damiette, aquí reproducida, nos da de ello un ejemplo: ningún Champollion mexicano ha descubierto la inscripción bilingüe que permitiría avanzar en la materia. Ante el moldeado de esos bajorrelieves del templo de la Cruz, las figuras de dos sacerdotes con vestimentas rituales, me confesaron en Palenque que era imposible determinar si databan o no de antes de nuestra era.

Como quiera que sea, entreguémonos al placer y al espanto de contemplar, uno por uno, esos extraños vestigios de piedra, tan originales y tan emparentados al mismo tiempo con el arte del Pacífico, con el de China y, por el Oriente, con nuestro arte romano. ¡Qué prodigiosos escultores eran aquellos hombres, duros y realistas en los períodos azteca y preazteca, más graciosos y más decorativos en la época de los mayas! Parecen haber llegado de buenas a primeras a la simplificación de los planos y de los volúmenes y a todo lo que buscan nuestros modernos. Disponían de los más hermosos materiales que puedan existir, los más raros y los más duraderos; pero, hasta la llegada de los españoles, ignoraron los metales (con excepción de algún uso limitado del bronce), lo cual los obligaba a trabajar a base de golpeteos delicados,

de pacientes pulidos realizados a mano y de frotamientos contra matrices de granito: de allí que sus obras —libres del seco golpe del cincel, del impacto arbitrario de la herramienta de fierro— tengan la suavidad y el acabado de las erosiones y de los desgastes naturales, y constituyan el espectáculo único de un arte de la edad de piedra surgido en plena época histórica.

En el campo de la estatuaria pura, piezas como la *Cabeza de hombre muerto*, en basalto, de la época preazteca, o la *Cabeza de hombre en un pico de águila* —ambas en México—, poseen una fuerza que Rodin (según me han dicho) admiraba, pero que no llegó nunca a igualar; en cambio, la estatua que representa sentado a Xochipitl, el dios de las Flores —una especie de Baco en basalto rojo, enmascarado y vestido de pieles— tiene la gracia de un Maillol o de un Carpeaux. Los aztecas y sus predecesores fueron también incomparables como animalistas. Como en la India, en México parecen haberse sacado de la serpiente todos los efectos decorativos posibles; pero la serpiente mexicana, a veces replegada y a veces estirada a lo largo de los frisos, revestida en ocasiones de escamas y en ocasiones de plumas, no se parece a ninguna otra. Águilas, jaguares, lobos, tortugas, caracoles han sido interpretados con una grandeza y una simplicidad que lo dejan a uno estupefacto. Lo que más nos conmueve en este arte es, por un lado, su rigor geométrico y, por otro, su preocupación arquitectónica por subordinar siempre la forma de la obra a la forma misma de la materia: la obra está voluntariamente inscrita (y no sólo, como entre los chinos, en jade y materiales preciosos sino aun en monolitos volcánicos) en el trazado propuesto por la naturaleza, como lo está la imaginación del poeta en la prisión del metro. Ni los filos de los ángulos, ni las limitaciones exigidas por las superficies, ni ninguna otra cosa detienen al artista azteca; nada lo arredra, se burla de las dificultades o las busca.

Me falta aquí lugar para celebrar todas las piezas del museo de México y cada una de ellas. ¿Cómo describir el *Calendario Azteca* llamado "Piedra del sol", que es uno de los grandes monumentos del arte humano? Los aztecas lo trajeron consigo de algún lugar del norte, no se sabe de cuál. Naturalmente, los españoles lo enterraron durante la construcción de su catedral. Desenterrado por el obispo Montúfar en el siglo XVII, fue enterrado de nueva cuenta por temor a que los indios regresaran a sus ídolos, y volvieron a enterrarlo en 1790. No pude sin embargo admirar el pórfido basáltico de aquella inmensa rueda decorada por bajorrelieves, ya que estaba cubierta por una espesa capa de yeso porque se trabajaba entonces en su vaciado. ¿De dónde habían sacado aquellos antepasados de los aztecas su conocimiento de la astronomía? Porque la astronomía preside el ordenamiento de los símbolos —los de los vientos, el agua, la tierra y el fuego— en los siete círculos que dividen al monolito y que se subdividen a su vez en meses y en días según datos muy cercanos a los que utilizó la ciencia asiria y babilónica, pero más perfectos que éstos.

¿Y esa *Piedra de los sacrificios*, monumento ofrecido al Sol por el rey Tizoc, especie de Columna Trajana, cilindro de basalto en que podemos ver cómo arrastraban por los cabellos a los vencidos, los mismos a quienes acostaban luego sobre la piedra para arrancarles el corazón con un negro cuchillo de obsidiana?

Las afueras de la ciudad de México tras una hora y media de automóvil. Flanqueamos los últimos lodazales, vestigios del lago de Texcoco. A lo lejos, un acueducto en ruinas; en lo alto de las colinas, algunas torres de centinelas. Por último, cerrando el horizonte por todas partes y rodeando el valle de la capital mexicana, esas montañas violetas que nos preparamos a alcanzar cuando, de improviso, el camino las esquiva y se alza ante nosotros una alta pirámide gris descolorida por el aire del mediodía, menos elevada que la de Egipto pero de base más ancha: es la pirámide del Sol en Teotihuacan, el vestigio más importante del arte primitivo americano. Un monumento dividido en pisos, en cinco secciones piramidales, al que se asciende ya sea por una escalera única, o por dos escaleras que en la siguiente sección son reemplazadas por una sola, y en la siguiente vuelven a ser dos... y así hasta llegar a la cima. Los escalones, altos y angostos, obligan a una subida penosa, en la que hay que encorvarse y apoyar los pies al sesgo. Vista de lejos, esta estructura sirve para subrayar los efectos de perspectiva. Yo asciendo sin detenerme, entorpecido por mi carga de dinero mexicano, esas monedas en que se recibe el cambio de un billete, esos *pesos* tan pesados como su nombre. ¡Qué espectáculo debió de ofrecer este lugar sagrado, esta pirámide, a la puesta del sol, cuando los oficiantes trepaban por ella en largas procesiones hasta llegar a aquella estatua del Sol que dominaba la llanura, esculpida en pórfido y rodeada de incensarios! El monumento tenía entonces un recubrimiento de estuco rojo. ¡Qué incendio geométrico! Un verdadero Teotihuacan, es decir, "el lugar de los dioses". Todo está hecho aquí a la escala de éstos. Cielo de una infinita pureza, paisaje de silencio, ingrávido, libre de pecados y de necesidades, sin otra mancha que la de los volcanes, ese par de volcanes coronados por sendos conos de nieve rosa. A la izquierda, otra pirámide más pequeña, la pirámide de la Luna; todavía mal despojada del humus y del polvo que la enmascaran, contrasta curiosamente con las líneas secas, austeras, de su hermana mayor; ésta ya ha sido restaurada —limpiada más de lo debido, según dicen algunos— por iniciativa del gobierno mexicano. Ya las había visto a ambas desde el ferrocarril la mañana de mi llegada, iluminadas por el sol naciente; pero me habían parecido menos bellas que ahora, en el incendio y el calor de un horno. En estos monumentos nada separa a la plegaria del cielo. La flecha gótica es un salto hacia Dios, la pirámide egipcia es un pozo sombrío que va hundiéndose hacia los infiernos y las tinieblas; pero la pirámide azteca es en cambio un templo al que uno puede subirse, una meseta (su interior aloja sólo un terraplén). En su cima, el oficiante está al mismo nivel de los dioses y de los astros. El mismo principio del templo del Cielo. Pero el edificio de Pekín, de reducidas dimensiones, pegado al suelo y reconstruido por añadidura en una época tardía, no resiste la comparación con ese monumento de un hieratismo tan sencillo y un estilo tan puro. ¿En qué edad estamos aquí? Silencio. Nadie responde. Ni una sola voz. Antes de la era cristiana, no cabe duda. Como sucede con los grandes problemas geológicos, todavía insolubles, se llega en torno a éste a diferencias enormes en tal clase de cálculos. ¿Algo así como diez siglos antes de Cristo? En todo caso, mucho tiempo antes de los aztecas. Esas pirámides sin jeroglíficos no han entregado a nadie su secreto. ¿Lo harán algún día? Su rescate es todavía muy reciente, data de hace alrededor de diez a quince años. Hasta se ha llegado a decir que los conquistadores españoles las ignoraron. ¿Quién podía haberlas adivinado, ocultas como estaban bajo la hierba

lo mismo que el Palatino en la Edad Media? El camino hacia ellas era, mucho más que hoy, el camino de los muertos, ese camino que conduce a la pirámide de la Luna —pirámide que estaba coronada también por un monolito de veintidós mil kilos de peso, que admiré en la ciudad de México: la estatua de Chalclinhtlicuc, diosa de la Luna, de rostro chato, dulce y terrible como la Luna misma, y que tanto nos recuerda al dios tricéfalo del Bayón, en Angkor.

Más allá de las dos pirámides se encuentra el templo de Quetzalcóatl, el dios mexicano por excelencia, divinidad del aire y de la guerra. Vasto cuadrilátero de dieciséis hectáreas, ritualmente situado sobre el eje de los cuatro puntos cardinales, que se parece —por sus escaleras, sus escarpas, su altar central bajo y fornido como un barril de pólvora— al talud de alguna fortaleza en el que no nos sorprendería la presencia de cañones con las armas de Fernando VII fabricados en la fundición de Sevilla; la restauración de los arqueólogos modernos le da en cambio ese aspecto de dibujo bien acabado, esa sequedad de líneas. El concreto es demasiado reciente, la piedra es demasiado dura; pero esta apariencia es atenuada por la melodía de las proporciones, del conjunto. Entrecierra uno los ojos y el templo recobra su perennidad, vuelve a integrarse al contexto natural de las montañas y del cielo. Es de lamentar, sin embargo, que la restauración no llegue más a fondo, que todos esos muros no estén cubiertos por un revoque rojo (ya que la cara norte del monumento conserva todavía restos del estuco polícromo original). Detrás de ese altar, la más asombrosa de las sorpresas espera todavía al viajero: se trata de otro altar, más arcaico (como el de los Korai bajo la acrópolis de Pericles), del que desciende una escalinata con dos terrazas, decorada con lechuzas y con tigres estilizados, verdaderamente romanos, con ojos en relieve sasánidas también. ¿A qué tradiciones obedecían un arte y una civilización que se perdieron, después de dejarnos tales testimonios de su existencia, y cuyos secretos ya eran sin duda desconocidos para los indios de la época de Cortés —esos indios degenerados que ignoraban el hierro, la rueda y aun los animales domésticos?

Con sus rampas abruptas, sus taludes, tales como podemos verlos en las maquetas y en las reproducciones del museo de México, esos templos de Teotihuacan —como los de Chichén Itzá y los de Palenque, como los de Mitla con las grecas de sus muros y sus adornos totémicos— se nos antojan profundamente emparentados con los de la India y aun los de Caldea; múltiples detalles los acercan al arte del Pacífico. Hay lazos evidentes entre esta comarca y el Asia. Los aztecas, suele decirse, llegaron del norte, de Alaska; en otras palabras, provienen del Asia. ¿Puede acaso olvidarse que son apenas cincuenta mil kilómetros los que separan a América de Asia, a Alaska de Kamchatka, y que la corriente cálida del Kouro – Shivo viaja entre el Japón y América a una velocidad de veinte a cien millas por día? Humboldt señalaba ya las afinidades entre los habitantes de las riberas opuestas del Pacífico; y es evidente la presencia de un arte común a toda la cuenca oceánica. Las hipótesis recientes de los eruditos americanos proponen la existencia de un continente análogo a la Atlántida y también desaparecido. Y si nos atenemos a los períodos históricos, ¿cómo no asombrarnos ante tantos rasgos comunes a Malasia y al México primitivo? El calendario azteca, que sigue usándose en Java; el papel divino conferido a las aves rapaces; el culto de la serpiente; tantos ritos semejantes, funerarios y de otras índoles; la supremacía de que goza, en los conceptos metafísicos, religiosos o políticos, el principio femenino sobre el principio masculino, y que se da lo mismo en el Japón primitivo que en México, sin hablar de que hoy persiste en los matriarcados de Sumatra? Y aun esa costumbre de aplastar la cabeza en forma de pan de azúcar cónico, que se ha perpetuado en Oceanía y que asombró a los españoles al punto de que bautizaron "cabezas apilonadas" a los primeros aztecas encontrados a su llegada. Las preguntas se acumulan, el interés que suscitan se acrecienta en cada viaje a México, todo contribuye a avivarlo más y más cada día, pero nada se aclara. Será sin duda necesario trabajar todavía mucho tiempo, interrogar hasta la última de las capas geológicas, antes de arrancar al pasado su secreto. El suelo de México está aún lejos de haber dicho al respecto su última palabra.

